

que nadie supiese que yo tenia dinero, y no sabia donde esconderle de modo que ninguno pudiese dar con él. Como no conocia aún la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas á propósito para guardarlo. ¡Oh, y cuánto embarazo nos causan las riquezas! Determiné, en fin, ocultarle en un rincon del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré sosegarme cuanto me fué posible.

Eramos tres criados en el meson; un mozo rollizo que cuidaba de la cuadra, una moza gallega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pié como de á caballo, que paraban en él. Yo recibia de estos sugetos algun dinerillo cuando les iba á presentar la cuenta del gasto; daban tambien alguna cosa al mozo de la cuadra para que cuidase de sus caballerías; pero la gallega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que nosotros maravides. Luego que juntaba yo algunos reales, los llevaba al pajar para aumentar mi caudal; y cuanto mas crecia éste, conocia yo que mi tierro corazon iba tomando mas apego á él. Besaba algunas veces mis monedas, y las estaba contemplando con un dulce embeleso, que solamente los avaros pueden comprender suficientemente.

El amor que tenia á mi tesoro, me obligaba á visitarle treinta veces al dia. Encontraba á menudo á la mesonera en la escalera del pajar, y como era una muger de suyo muy desconfiada, quiso un dia saber qué era lo que á cada instante me llevaba al pajar. Subió á él, y comenzó á escudriñar todo, recelando que yo tendria escondidas algunas cosas que le habria hurtado. Revolvió la paja que cubria mi bolsón, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó fingió creer, que yo le habia robado aquel dinero. Por decontado se apoderó del caudal, y tratándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, mandó al mozo de la caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me sacudiese una buena zurra de azotes; y despues de haberme hecho desollar de esta manera, me echó á la calle, diciéndome que no queria aguantar pícaros en su casa. En vano aseguraba yo y clamaba que nada le habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos le daban á ella mas crédito que á mí; y de esta manera las monedas del hermano Crisóstomo pasaron de manos de un ladron á las de una ladrona.

Lloré la pérdida de mi dinero, como se llora la muerte de un hijo único; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo menos fueron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veian verter, y entre otras al cura de Galvez, que casualmente pasó junto á mí. Mostróse lastimado del triste estado en que me veia, y me llevó consigo á su casa. En ella, á

fin de sonsacarme, usó del medio de manifestarse muy compadecido de mí.—¡Cuánta lástima, dijo, me causa este pobre muchacho! ¡Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflexion, haya cometido una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. En seguida, dirigiéndome la palabra:—Hijo mio, añadió, ¿de qué lugar de España eres, y quiénes son tus padres? porque tienes traza de ser hijo de gente honrada; háblame en confianza, y cuenta con que no te desampararé.

El cura, con estas halagüeñas y caritativas palabras, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos, y lo hice con mucha ingenuidad, sin reservarle nada: despues de lo cual me dijo:—Amigo mio, aunque es cierto que no está bien en los ermitaños el atesorar, eso no disminuye tu culpa; en robar al hermano Crisóstomo siempre has quebrantado el mandamiento que prohíbe hurtar; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que devuelva el dinero, y hácersele entregar al hermano Crisóstomo; y así por esta parte puedes desde ahora aquietar tu conciencia.—Juro á ustedes que esto era lo que menos cuidado me daba; pero el cura, que tenia sus fines, no paró aquí:—Hijo mio, prosiguió, quiero empeñarme á favor tuyo, y buscarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un arriero, y te daré una carta para un sobrino mio, canónigo de aquella catedral, que no rehusará admitirte por mi recomendacion, en el número de sus criados, los cuales todos lo pasan en su casa como unos beneficiados que se regalan á costa de la prebenda; y puedo asegurarte con certidumbre que allí lo pasarás perfectamente.

Consolóme tanto esta seguridad, que luego olvidé el talego y los azotes que me habian dado, y ya no pensé mas que en el placer de vivir como un beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del cura un arriero con dos mulas. Subieronme en la una, y montado mi conductor en la otra, tomamos el camino de Toledo. Mi compañero de viage gustaba buen humor, y le gustaba divertirse á costa del prójimo.—Querido Escipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura de Galvez: no podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere, que el acomodarte con su sobrino el canónigo, á quien tengo el honor de conocer, y es sin duda la perla de su cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y estenuado está predicando mortificacion y abstinencia: es gordo, colorado, siempre alegre y festivo: un hombre en fin que se divierte en todo lo que se presenta, y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa á pedir de boca.

Conociendo el socarron del arriero el placer con que le escuchaba,